

Las cooperativas como sujeto de la investigación social

Por: *Héctor M. Bonaparte**

Introducción

Estudiar las cooperativas equivale a estudiar la sociedad. Salvando la distancia, muchos de los procesos y preocupaciones de la vida social reaparecen en la escala reducida de aquellas organizaciones. Esto ocurre no solamente porque la sociedad es el contexto, sino debido a que en ambos casos se trata del funcionamiento de mecanismos organizativos de la convivencia dentro de grupos humanos.

Partiendo de necesidades comunes, determinados colectivos “pactan” actividades y sistemas de decisiones que intentan satisfacer las primeras. Estructuran tareas, comunicaciones y poderes que apuntan a resolver los problemas y carencias originarios. Parten de ciertas “ideas” y cumplen “prácticas” específicas para convertirlas en realidades (Grandoli, 1990). Al asociarse en esa “empresa”, todos los participantes ponen en juego los elementos fundamentales de su condición de seres humanos.

Participar en decisiones que las afectan, o ser conducidos en virtud de resoluciones adoptadas por otros, constituye una opción básica que pone en juego la autonomía de las personas y el nivel de democracia alcanzado por el sistema de convivencia. Investigar estos fenómenos en las cooperativas es adentrarse en uno de los grandes dilemas de la existencia humana. Si se privilegia la toma de conciencia por los protagonistas, acerca del grado de participación alcanzado, la combinación de “investigar” e “investigarse” se coloca en el centro de la atención. Eso explica que, en el trabajo publicado oportunamente se recurra a algunos de los elementos de la denominada investigación participativa.

En caso de que se consiga formular un diagnóstico adecuado de la vida participativa en la propia organización, resta todavía el trecho dificultoso que separa esta etapa de aquella referida a las acciones pertinentes. Dilucidado el problema hasta donde se haya podido hacerlo, hay que ver cómo se plantean estrategias adecuadas, y luego qué condiciones se aseguran para que aquellas se traduzcan en los hechos necesarios. Aquí es donde se llega a los límites del método empleado y a los del propio grupo en cuestión, para hacer frente a las dificultades de su funcionamiento.

En aquella investigación intentamos recorrer esos caminos. Su propósito fue iluminar las claves del accionar de las cooperativas, aunque se aluden también continuamente los

(*) *Sociólogo. Profesor titular de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina e investigador del Consejo de Investigaciones de esa universidad. Se desempeña actualmente como Secretario de Investigaciones de la Facultad de Ciencia Política de Rosario. Es además, miembro del Instituto Argentino de Investigaciones de Economía Social y Secretario de Redacción de Cuadernos de Economía Social, de dicho instituto.*

(1) *En Revista de Idelcoop Nº 72 / 92.*

componentes del desenvolvimiento de toda dinámica grupal y societal. La investigación se limitó al ámbito de la cooperativa -por una cuestión necesaria de delimitación del objeto, pero se hace evidente la presencia de los problemas básicos de la convivencia humana en el momento presente. Probablemente eso determina un interés adicional para investigar, y la disposición para continuar y profundizar la indagación.

La búsqueda de la autonomía

El desenvolvimiento de la existencia humana puede encararse como una lucha en torno a la autonomía. Los seres humanos se debaten “desde siempre” entre hacer lo que ellos mismos desean o lo que quieren otros. Los modos de resolver la organización social (en todas sus dimensiones) se van dando sobre la dinámica de unas opciones limitadas: según lo que queremos nosotros, según lo que indican los otros, o como resultado de un acuerdo que concilia por un tiempo las apetencias encontradas (Fromm, 1979).

Desde la política hasta la plástica, en la producción como en el consumo, sea en el seno de la familia, de la asociación o de la sociedad global, las personas expresan y realizan cosas que combinan en un grado muy variado la aceptación de lo propio por otros o la prescripción de lo ajeno hacia nosotros. En efecto, los otros (el medio social) reciben nuestros “productos” de una manera que pone en juego un sistema de “entorno” (control y dosificación) de la autonomía de las personas.

Ese juego permanente se nota con especial claridad en los tiempos presentes. La riqueza abunda, pero actúa como fuente de privaciones. Los seres humanos, a medida que dominan la naturaleza, parecen más expuestos a sufrir en carne propia ese poder creciente, ejercido por sus semejantes. Paradojalmente, el “progreso” de la era moderna tiene un costo humano elevado. Todo lo que se hizo en nombre de la libertad parece contener en sí el germen de la desnaturalización de aquella, condenando de ese modo a gran parte del género humano a “privaciones” económicas, intelectuales, psicológicas, morales (Berman, 1982).

El “desarrollo” moderno podría entonces ser considerado como una trampa peligrosa. Dio vuelta el mundo con las herramientas de la razón y la libertad. Creyó accionar así el cuerno de la abundancia para la felicidad de todos. Pero el poderoso aparato creado introdujo direcciones no previstas, dando lugar a explosivas contradicciones. Por un lado, carencias básicas y extremas para la mayor parte de la humanidad. Por el otro, un alejamiento masivo cada vez mayor de la posibilidad de entender y determinar la vida de todos a través de la participación en los mecanismos de decisión.

Dentro de ese mundo contradictorio han tenido que moverse las cooperativas. Su existencia ha sido una parte del proceso de construcción de la “modernidad”, ya que aparecieron hasta cierto punto como una contrapartida del mundo burgués. Frente al brillo de los logros del capitalismo de hace un siglo y medio, emergió el cooperativismo con el color sepia de la vida cotidiana de los trabajadores, marcada por las carencias básicas y el ritmo inexorable del aparato productivo.

Ese “macrocosmos alternativo” de las cooperativas quiso hacer a su manera una parte de la vida de las personas. Procurarse, por un lado, los bienes o servicios (esa parte del “cuerno de la abundancia”) que no llegaban hasta ellos. Y por el otro, conseguirlos a través de una empresa construida y manejada con la participación de todos sus integrantes.

Se respondía entonces a dos requerimientos básicos: sustentarse como seres humanos, y expresarse como tales respecto al modo de obtener y distribuir aquel sustento.

Mientras en el mundo del trabajo se les indicaba lo que debían hacer -y en cierta manera lo que debían ser-, en sus reductos solidarios recuperaban su componente autónomo. Se convertían en sus propios patrones y se daban a sí mismos las indicaciones conducentes al objetivo propuesto. Y llegaban a tales decisiones poniendo en funcionamiento un mecanismo participativo igualitario que les estaba vedado en el resto de sus actividades cotidianas.

Al principio se trató casi de una “catacumba” de autodefensa grupal de la calidad de vida de los trabajadores. Como la experiencia dio resultados satisfactorios, se desarrolló, salió a la luz y terminó convirtiéndose en un modelo. En él se mostraba que el lucro no solamente no era el motor ineludible de la actividad humana, sino que el esfuerzo solidario podía ser la base de un emprendimiento eficaz que -nada menos- servía para satisfacer las necesidades que -precisamente- el sistema de mero beneficio económico dejaba sin respuesta.

Las organizaciones cooperativas se difundieron por todo el mundo y prosperaron al impulso de una gestión que mostraba su eficacia (Holyoake, 1975). Ese crecimiento no fue fácil, en tanto tuvo que superar fracasos y debió actuar en un medio que oscilaba entre la indiferencia y la hostilidad, pues con frecuencia las cooperativas apenas eran aceptadas a regañadientes por los grupos poderosos, cuando no resistidas a causa de sus contenidos supuestamente “disolventes”. Como fuera, llegaron a cubrir una porción importante de la actividad económica de muchas naciones.

Sin embargo, ese desarrollo, al parecer inevitable, implicaba ciertos riesgos. Por un lado, crecer y competir equivale a someterse a las reglas del mercado, es decir, a luchar en el terreno del “adversario”. Por otra parte, ese desarrollo significa un manejo eficiente de recursos y personas a través de una estructura de poder mediatizadora de la voluntad de una masa societaria que tiende a perder, en ese proceso, tanto el interés como la probabilidad de influir en la conducción de la cooperativa.

La reflexión y el auto-análisis

Las cooperativas están allí, pero deben convivir con una serie de “fantasmas” internos. Unos están constituidos por principios, que son su razón de ser, pero a veces sueñan como anacrónicos y no muy conducentes. Otros representan a los asociados, que parecen estar de visita, formales, en silencio, casi ausentes. Entretanto, afuera arceja la presión neoliberal, reconversora, acosando a una población que parece tener los reflejos adormecidos, frente a las secuelas de una conducción empeñada en llevar a la práctica el socavamiento extremo de la calidad de vida de una gran parte de la sociedad.

En ese clima, toda acción popular y colectiva está mal vista. Al mismo tiempo, mucha gente es inducida a creer en las bondades de un capitalismo triunfante, sin otras opciones a la vista, que muestra como sus mayores logros cosas de este tipo: una riqueza cada vez mayor concentrada en un sector social que en comparación se vuelve cada vez más pequeño; la pobreza como forma de vida aceptada para una porción creciente de la sociedad; el agua, el aire y la tierra en proceso de envenenamiento como consecuencia de todo aquel “progreso”; la salud mundial amenazada por nuevas enfermedades y por endemias que parecían superadas para siempre.

Las cooperativas tienen la opción de considerarse superadas por el tiempo y prepararse para desaparecer: algo así como un nuevo "Muro" que cae, demolido por los avances inexorables de la "libertad". La otra opción es tratar de sobrevivir sin desnaturalizarse. Frente a ésta, aparece como contradictoria una participación desvaída y huidiza por parte de sus asociados, siendo que la misma constituye un principio fundacional que las cooperativas no parecen estar dispuestas a negociar.

Precisamente, si todo da la impresión de conspirar contra la intervención fluida de los miembros en el manejo de sus asociaciones, se impone la tarea de agotar el análisis de la índole, el modo de accionar y las perspectivas futuras de los factores adversos a aquella intervención. El contexto económico, social y político por un lado; la desmovilización popular que parece palpable; la gestión de las propias cooperativas. Ante la posibilidad de que se esté actuando de modo equivocado (o contraproducente) para atraer, interesar y retener a sus asociados, el tema del manejo interno de las cooperativas se ubica como una prioridad.

Los cooperativistas tienen motivos para pensar "todo está mal afuera", en vista de los factores adversos a que se hacía referencia hace un momento. Volviendo la atención hacia lo interno perciben que también en ese ámbito puede haber mucho por hacer, y ponen en práctica una reflexión que no se puede postergar, y que tiene que ser minuciosa y creativa. La tarea es investigar e investigarse, incluyendo a todos los integrantes: directivos, asociados, gerentes. Hay que indagar cómo funciona la cooperativa, pero no desde la posición de observador, sino como miembro y en forma conjunta con los otros integrantes (Sobrino, 1987).

El caudal de tiempo, energías y recursos requeridos por esta labor no es algo que se resta al quehacer central de la cooperativa. No constituye un lujo, ni algo que así como se adiciona también puede retacearse. Tampoco es algo que se hace para cumplir con una norma legal, reglamentaria, de doctrina o para tranquilizar la conciencia de los cooperativistas. Si se lo atiende de esta manera, se desnaturaliza el motivo del intento y se lo condena, de partida, a no ir más allá de resultados declarativos, formales, reiterativos, poco eficaces, escasamente convincentes.

Es como someterse a un tratamiento para dejar de fumar, con el único fin de contentar a los hijos. Tiene que haber convicción, voluntad y fe en la eficacia -y en la necesidad- del intento. Si íntimamente se percibe el esfuerzo como desperdicio de tiempo y dinero, como una tarea forzada que hay que terminar cuanto antes para volver a lo que realmente importa, se hace muy probable que todo concluya en fracaso. Nunca resulta agradable detenerse a estudiar "qué es lo que estamos haciendo mal". Es mucho más llevadero evitar el tema escabroso, postergarlo, negarlo, considerarlo insoluble, encontrar justificativos, trasladar la responsabilidad (culpa) a "los otros". En la medida que no se neutraliza o asume la ansiedad e inseguridad momentáneas originadas por esta "mirada crítica hacia adentro", hay pocas esperanzas de obtener buenos resultados.

Además, las auto-complacencias y las condescendencias mutuas son muy negativas. Son mecanismos susceptibles de un enfoque socio-psicológico según el cual tienen relación con el deseo de lograr o mantener posiciones de poder y de prestigio. Sirven para convencerse y para convencer a los demás que lo que se está haciendo está muy bien así. Hay poca exigencia con uno mismo y por lo tanto la evaluación del propio accionar es siempre positiva. Se da muy poco estímulo para innovar o mejorar, ya que todo parece estar bien. Casi siempre esa auto-percepción benévola se rodea de complicidades. El lugar de poder y de prestigio es agradable, induciendo tentadoramente procesos de adicción

al mismo. Entonces aquella percepción benévola es compartida por los demás integrantes del grupo conductor. Entre ellos se generan lazos de una lealtad cómplice, que coloca en primer plano la permanencia en el usufructo del poder-prestigio, mientras va restando importancia a los objetivos y normas de toda la organización (Grandoli, 1990).

Se reparten elogios para poder recibirlos, puesto que en ese marco elogiar significa comprometer. El aplauso actúa como un servicio que obliga a una contraprestación. El entramado de conductas y mensajes que se forma, actúa también como un virtual aparato propagandístico. Éste, en la medida que sustenta al grupo dirigente, enrola nuevas voluntades en eso que se presenta como un verdadero "proyecto o programa", justamente el que la organización necesita para salir adelante. La objetividad va quedando en el camino, todo se ve y se mide según la interpretación "oficial", y esto suele crecer e instalarse, poco menos que para siempre y "para bien de todos". En el trayecto se fueron perdiendo el análisis crítico de la actuación, los ajustes enriquecedores, la participación generalizada de los otros miembros, y la eficiencia en la persecución de las finalidades de la asociación.

Lo habitual no es exactamente así en el ámbito de las cooperativas. Sin embargo, lo descrito aparece en alguna medida entre los cooperativistas, como en toda organización donde se usufructúan o ejercen cuotas diferenciales de poder y de prestigio. No importa que a veces la influencia que está en juego sea de dimensiones reducidas, porque lo que define el fenómeno es la diferente porción de poder que tienen unos y otros. Sin olvidar que no solamente se trata de organizaciones pequeñas, sino que existen cooperativas, federaciones y confederaciones muy voluminosas e influyentes.

Entre lo democrático-participativo y lo piramidal-jerárquico aparenta haber mucha distancia, pero ésta tiende a acortarse cuando la organización maneja mucha gente y recursos cuantiosos, lo cual parece demandar una mayor "tranquilidad" directiva, alejada de la curiosidad a veces impertinente de los asociados comunes. El riesgo de convertir los elevados intereses de la cooperativa en "razones de Estado", se roza con las tentaciones de resolver las cosas por sí, con la justificación de que se trata de cuestiones técnicas que competen a los especialistas (cúpulas administrativo-gerenciales). Como los asociados responden poco a las convocatorias y existe un retraimiento generalizado en la sociedad, se dan condiciones que favorecen un manejo entre pocos, lo cual a su vez, viene a sumarse a otros factores desmovilizadores (Lima, 1988).

En ese marco, encontrar espacios de reflexión sistemática parece algo más que un simple requisito de salud organizacional. Se convierte en una condición obligada para mantener vivo el cuerpo de la cooperativa. Hasta podría decirse que se transforma en una condición mínima, puesto que ella sola no garantiza arribar a soluciones prácticas y eficaces. De cualquier manera, el examen riguroso de las prácticas habituales, el "autoanálisis" pautado, constituye la base firme para hacer pie y salir a la superficie. La presencia de terceros ayuda a objetivarse. El involucramiento de los investigadores complementa una perspectiva externa que en la investigación tradicional (estudio de un objeto por parte de un sujeto) deja frecuentemente espacios sin explicitar.

El intento de aquel estudio incluía elementos de investigación participativa. Con ello, lejos de pretender agotar el campo, la idea es poder contribuir a una visión más completa. Movilizar la perspicacia de los actores y la voluntad de adecuación creativa. Ello no garantiza arribar a resultados prácticos, ni tampoco ponerlos en funcionamiento. Pero sí ayuda a salir de una justificada perplejidad (y de una no justificada complacencia), para allanar el camino que va de la toma de conciencia a las actuaciones eficaces.

Las cooperativas y la sociedad

Como todas las organizaciones sociales las cooperativas se sitúan en medio de un vaivén. Por una parte influyen en el contexto social en tanto actúan en el mismo ya sea como respuesta o como alternativa. Por otra parte reciben la influencia de un marco socioeconómico regulador que registra la aparición de aquellas asociaciones y trata de encajarlas en unas normas que se moverán entre la permisividad y la restricción, dependiendo esto del grado de contestación que se perciba en las organizaciones. Pero más allá de que los grupos que dominan el Estado faciliten o restrinjan el accionar de las cooperativas, éstas -por eso mismo- son un espejo de la sociedad en que actúan.

El marco de lo que se denomina "la crisis" está allí. Lo mismo ocurre con los proyectos político-económicos que intentan llevarse a la práctica. Eso a su vez se inserta en la preocupación por un "nuevo orden mundial", que pasó desde la última posguerra a través de una aparente descolonización, el conflicto Este-Oeste, el No-Alineamiento, la puja Norte-Sur, y ahora presencia el "triunfo" avasallante de un capitalismo neo-conservador que, entre otros logros, incuba el resurgimiento de pestes que parecían de leyenda. Por su lado, buena parte de la sociedad argentina asiste atónita a la perspectiva de un prometido ingreso al Primer Mundo por parte de una reducida corte de poderosos, mientras un imponente cortejo de marginados tendrá derecho a presenciar el festín.

Frente a ese panorama, preocuparse por la participación democrática parecería un anacronismo. ¿Quién se atreve hoy a reivindicar la justicia social y las ideas de distribución de la riqueza? Claro que eso puede hacerse, pero a riesgo de ser considerado como un resabio de épocas superadas. Una gran fiesta parece estar en marcha, pero en ella cada uno hace lo suyo, tratando de pasarlo bien sin mirar a su alrededor. Los lazos que vinculan a los asistentes responden a la preocupación de sacarse uno a otros lo más que pueda, dando a los demás lo menos posible. Esto en lo que se refiere a las personas entre sí, y también en su relación con los otros seres vivos y los elementos de la naturaleza.

La escena mundial parece estar ocupada por las atracciones de moda: gran final de la historia; despedida de todas las ideologías; el mercado se arregla solo, señalando como César quién vive y quién muere; el Estado se jubila y deja que los lobos atiendan a las ovejas: las vidrieras rebosan de maravillas y cualquiera tiene la libertad de contemplarlas; no hay que temer por los grandes valores, pues están siempre presentes en el discurso de los predicadores de toda laya; se han superado las fatigas de otras épocas y ahora la gente puede ahorrarse el esfuerzo de pensar y de actuar, manipulando fáciles botones para mirar y distraerse.

Todo eso que sucede en la sociedad pasa también en las cooperativas. Estudiando el desenvolvimiento de éstas, descubrimos los hilos que vinculan lo micro con lo macro. Observando la vida cooperativa, se cree a veces estar sumergido en algo muy especial, que interactúa con el ámbito social pero que desarrolla una existencia propia. Sin embargo, lo que parece anecdótico manifiesta en pequeño cuestiones muy generales. Ocurre como si el gran dilema de nuestra época coloreara hasta en los detalles las cuestiones que deben resolverse todos los días para que las cooperativas continúen su tarea. Desde el momento en que la reflexión y el análisis se esmeran en ver por debajo de lo cotidiano, aparecen todas las grandes preocupaciones señaladas en el párrafo anterior.

Esto es precisamente lo que va creando nuevos estímulos para la continuidad de su estudio. La suerte de las cooperativas es la suerte del mundo moderno. Este último está siendo sometido a prueba tanto como aquéllas. Si existe algo que se pueda denominar

posmodernidad, y si ella ha de erigirse sobre las ruinas del período precedente, las cooperativas no tienen demasiado futuro. En cambio, si el vaivén de la historia decanta componentes sustantivos de la convivencia humana, separándolos de las modas y los entusiasmos manipulativos, es posible que las próximas décadas puedan contar con organizaciones solidarias convalecientes y en recuperación.

A los fines de la investigación sociológica, las cooperativas podrían desempeñar el papel de globos de ensayo. En tanto ellas "recogen" todo lo que ocurre en la sociedad y en el mundo (cada vez más vinculados e interactuantes), al análisis de sus actuaciones y conflictos sitúa la investigación en una suerte de pequeño "epicentro" de la escena contemporánea. En primera instancia los problemas de nuestras cooperativas aparentan ser muy locales y argentinos. En una segunda lectura, pareciera que toda la historia actual se hace presente en esas organizaciones populares.

De tal modo, podría considerarse que ellas trascienden el barrio, la población rural y la gran ciudad. Eso ocurre en tanto los cooperativistas son seres humanos de esta época. Una rara mezcla de ansiedad y esperanza, de perplejidades y desconfianzas, de tendencias autonómicas y presiones manipulativas. Habitantes de un mundo opulento de controles remotos, pero que no pueden dominar viejas endemias, ni saben qué hacer con el hambre y la miseria.